

SEIS PRINCIPIOS CONSERVADORES

RAFAEL PANIAGUA RIVAS

"Toda civilización, dice el sociólogo brasileño Tristán de Athayde, se forma por la conciencia nítida de sus principios y de sus destinos, y decae por el alejamiento de ellos". (1). Si en lugar de considerar la civilización como un todo, fijamos la atención en una de sus fases principales, la vida política, la afirmación toma —si ello es posible— mayor veracidad. Es indudable que una de las causas del desprestigio y decaimiento de la política, en Nicaragua como en todas partes, es su carencia de preocupaciones ideológicas.

Un análisis de los principios conservadores no es una vana y fútil discusión académica. Es una discusión vital. Existen unas ideas y un estilo de vida conservadores. Esas ideas y ese estilo están profundamente arraigados en nuestra comunidad nacional. Forman parte esencial del modo de ser de la gran mayoría de los nicaragüenses, en una u otra agrupación política. Nada más oportuno, entonces, que estudiar con detenimiento esa modalidad tan importante de nuestro ser nacional.

1. PRIMACIA DEL ORDEN MORAL

El concepto conservador de Orden es un concepto trascendente, es decir, va más allá de lo político y económico para engarzarse en el mundo moral y religioso. Para el Conservatismo, todas las formas de existencia social están fundadas en el orden teleológico de un universo creado por Dios, ya que toda comunidad o sociedad está destinada a realizar un bien específico. Este bien específico exige la cooperación solidaria de una multitud de personas, y es por ello un Bien Común.

Al meditar sobre la solución más acertada de un problema cualquiera, sea éste político, social o económico, el conservador debe preguntarse: ¿Armoniza esta solución con los fines del hombre? Porque el poder y la autoridad del Estado están justificados únicamente en cuanto sirven para realizar ese orden teleológico, ese orden de valores y de fines. Esto explica por qué todas las teorías político-biológicas, todas las teorías positivas que prescinden de la moral, son absolutamente ineficaces. Al negar el orden de los valores y de los fines, que es el fundamento más importante de una sociedad, le están cerrando a la naturaleza humana el único camino de su perfeccionamiento. Palacios, carreteras asfaltadas, aviones estratosféricos, las conquistas todas de una civilización mecanicista, no tendrán valor realmente humano si no se busca, en primer término, la perfección moral de la persona, si el hombre que vive en esos palacios, transita por esas carreteras o vuela en esos aviones, continúa siendo un bárbaro.

El Conservatismo insiste, pues, en la existencia de un orden moral, que brinda sentido a nuestra vida y fundamento legítimo al poder, y considera que la libre realización de valores del orden moral es el móvil de la naturaleza humana y la condición de su perfeccio-

namiento. El hombre es espectador del orden físico, pero es agente del orden moral. Esos valores morales tienen que ser objetivos y permanentes. Objetivos, es decir, que posean realidad fuera de la mente humana, para que el hombre pueda considerarlos como norma de su conducta. Permanentes, para que puedan llenar las aspiraciones humanas hacia un Bien Absoluto.

Para el pensamiento conservador, el orden moral es el fundamento de la continuidad histórica de toda civilización. Ha habido, ciertamente, discípulos de Maquiavelo dentro del Conservatismo, defensores de la "razón de Estado" y de los poderes dictatoriales, pero deben considerarse como una dolorosa excepción. Esa clase de Conservatismo es una enfermedad que sólo se desarrolla en épocas de vaciedad moral y espiritual. La tradición conservadora auténtica ha sostenido que el Gobierno debe ser la salvaguardia del Bien Común y de los sagrados derechos del hombre, no a través de vanas fórmulas doctrinarias, sino en función de la eminente dignidad de la persona humana.

2. EL HOMBRE, UN SER DESFALLECIENTE

Todo orden de ideas y creencias lleva sobreentendido un cierto concepto del hombre y de su destino. El Conservatismo, sistema de creencias políticas, está firmemente ligado a una concepción general del hombre y de la vida social.

Basado en las enseñanzas cristianas, el Conservatismo considera al hombre manchado por una culpa primitiva y a la naturaleza humana como débil y desfalleciente, por ser una mezcla de elementos racionales e irracionales. A consecuencia del pecado original el hombre es tentado por el egoísmo, la perfidia y todas las otras pasiones desbordadas, que tienden a destruir la solidaridad humana. "El pensador conservador —dice Russell Kirk— sabe que las señales exteriores de desorden, personal o social, a menudo no son más que síntomas de una asoladora enfermedad interna, que no se puede curar con paños tibios o ungüentos. Y se inclina a buscar las causas reales de nuestras perturbaciones en el corazón del hombre, en nuestras antiguas inclinaciones hacia el pecado, en una soledad del espíritu que evoca a los demonios, en raíces históricas reforcidas bajo el suelo reseco de la existencia moderna, en venerables impulsos de la naturaleza humana que, una vez frustrados, convierten nuestra vida en una muerte lenta y prolongada". (2)

El Conservatismo, que es la política lo que el clasicismo en la cultura, ha venido a reafirmar la antigua y clásica doctrina de que el hombre está contaminado por el pecado, pero que puede alcanzar cierto grado de perfección con la ayuda de la Divinidad y de su propia razón.

En la era moderna, cupo a los Iluministas (siglo XVII) ser los primeros en propagar la creencia de

que el hombre es naturalmente bueno y de que las instituciones son el origen de la corrupción y de la maldad humanas. Juan Jacobo Rousseau describe el estado natural del hombre como un idílico paraíso, en el cual el individuo, siendo un ser que se bastaba a sí mismo, libre y autónomo, vivía una vida perfecta de perfecta bondad.

Al asumir que las instituciones son malas y que la maldad humana es un producto de ellas, quedaba despejado el camino para proponer toda clase de reformas y cambios en la sociedad. El conservador cree, sin embargo, que las instituciones son un reflejo del hombre, y que el perfeccionamiento de la naturaleza humana es lento y difícil. "Desde 1793 hasta nuestros días —dice Francis G. Wilson— la filosofía revolucionaria ha proclamado la rebelión contra las instituciones. El pensamiento conservador, en cambio, bajo la dirección de Burke, ha creído que esa rebelión contra las instituciones va en detrimento del hombre mismo, porque destruye el soporte fundamental de todo progreso". (3).

Crear que el hombre está contaminado por el pecado no significa, sin embargo, considerarlo naturalmente malo, tal como lo suponía el individualismo pesimista de Tomás Hobbes. Hobbes creyó que el hombre era intrínsecamente malo, cual bestia salvaje, y que el estado natural de la especie humana era la guerra de todos contra todos.

Para el Conservatismo el hombre no es naturalmente bueno, ni naturalmente malo, sino que es un ser débil y desfalleciente. Es decir, que frecuentemente ve, gracias a su inteligencia, lo que debería hacer, pero su voluntad es débil y desfallece ante la presencia del deber. Esta concepción cristiana y realista del hombre, marcado con una culpa primitiva, rige toda la vida institucional del Conservatismo. De dicha concepción deriva, asimismo, el Conservatismo su eficacia y su sentido de perennidad, pues el éxito de toda empresa política está íntimamente ligado a su conocimiento de la naturaleza del hombre.

3. RECONCILIACION DE LA LIBERTAD Y LA AUTORIDAD

El concepto moderno de libertad tuvo su origen en una poderosa reacción contra el absolutismo y el despotismo ilustrado de los siglos XVII y XVIII, ejercidos por un Estado policial y paternalista. Dicha reacción, que alcanzó su punto culminante en la Revolución Francesa, siguió un impulso pendular y se situó en el extremo opuesto: del absolutismo monárquico se pasó al absolutismo de la voluntad popular.

Tales manifestaciones exageradas de liberalismo individualista tendían a desprestigiar al Estado y a reducir el número de sus actividades, dentro de la famosa teoría del "Laissez-faire, laissez passer". Esa clase de liberalismo, en un plano de aversión al Estado, desarrollaba la idea de que el poder político y la autoridad eran casi intrínsecamente malos, y de que el pueblo, los individuos libres y autónomos, eran naturalmente buenos.

Surgió entonces un concepto naturalista de la libertad: la libertad no fue considerada como un medio, sino como un fin en sí. La libre competencia y la libre contratación convirtieron la vida en un campo de lucha, donde la libertad favoreció solamente a los

fuerzas y poderosos. El afán inmoderado de lucro preparó el advenimiento de un capitalismo hipertrofiado, monopoliador e imperialista.

Una nueva reacción no se dejó esperar, y surgió el marxismo como una crítica primero y como una protesta después, contra las injusticias de una civilización burguesa y capitalista. Las clases dominadas se empezaron a sentir esclavas del salario y en los pequeños industriales y campesinos se fue alimentando un odio irracional contra el misterioso poder del dinero, dirigido por una plutocracia explotadora. En lugar de la esperada sociedad de hombres libres e iguales, surgió una sociedad de clases con intereses contrapuestos, en la que la teoría socialista pide, en nombre de la libertad y de la igualdad, la expropiación de los expropiadores. Y en otro movimiento del péndulo político se pasa de la hipertrofia de la libertad a la hipertrofia de la autoridad, esta vez bajo la dictadura de los amos comunistas.

Frente a ese maremagnum de encontradas ideas e intereses dispares, la prudencia política del Conservatismo aspira a reconciliar la autoridad con la libertad, propugnando un equilibrio entre el liberalismo individualista y los autoritarios métodos del socialismo marxista.

Quintin Hoggs, escritor inglés contemporáneo nos habla de esa tarea reconciliadora: "Los conservadores —dice— creen en la libertad y la variedad de la evolución bajo el imperio de la ley. La ley no es enemiga de la libertad ni de la autoridad, sino que las reconcilia a ambas. La ley es un medio de quitar a la libertad sus tendencias anárquicas, y de remover de la libertad sus impulsos de capricho. La ley debe ser pública, la ley debe ser de aplicación general, la ley debe ser razonable, la ley debe ser constitucionalmente promulgada después de una libre discusión, imparcialmente administrada, incorruptamente ejecutada. Dadas esas características no puede haber conflicto entre la libertad y la autoridad". (4)

4. VALOR SOCIAL DE LOS PRINCIPIOS RELIGIOSOS

El Conservatismo considera que el hombre está sometido a la soberanía de Dios, no sólo en el recinto de su vida privada, sino también en su vida social. Tiene por consiguiente el hombre la obligación de rendir culto a Dios, tanto en su carácter individual como en los grupos sociales donde su existencia se desenvuelve. En efecto, si creemos que la Verdad ha sido revelada por Dios al hombre, no hay razón para suponer que esta Verdad rija solamente un limitado sector de la existencia humana. El hombre no tiene compartimientos en su vida que puedan aislarse de Dios. "Sabemos —dice Edmund Burke— y estamos orgullosos de ello, que el hombre es, por su constitución, un animal religioso. Sabemos, y, lo que es mejor, sentimos íntimamente que la Religión es la base de la sociedad civil y la fuente de todo bien y de todo consuelo". (5)

Siendo el Estado el grupo social por excelencia, se desprende que la obligación estatal de reconocer y aceptar la Religión es considerablemente mayor que la que tienen otras sociedades. Esto no significa, sin embargo, que el Estado va a imponer, por la ley o la fuerza, una religión determinada. Este procedi-

miento no sólo sería dañoso para la Religión misma, sino que contrariaría las leyes canónicas de la Iglesia, que establecen: "No se obligará a nadie a abrazar la fe católica contra su voluntad".

La afirmación conservadora del valor social y universal de los principios religiosos está muy alejada, asimismo, de toda intención clerical. El clericalismo, en su significado de ingerencia preponderante del clero, en cuanto agrupación, en la política nacional, está totalmente proscrito de los postulados conservadores.

El reconocimiento de la soberanía de Dios en el campo social inspira al Conservatismo su posición antagónica frente al laicismo. El laicismo, basado en la creencia liberal de que la Religión es un asunto privado, proclama la neutralidad oficial del Estado en materia religiosa. El Estado laico o neutro se abstiene, aparentemente, de tomar decisiones en el problema más trascendental que puede confrontar el espíritu humano, como es el de las relaciones entre Dios y las criaturas.

El Conservatismo, sin embargo, no se deja engañar por esa falsa neutralidad que, prácticamente, y en especial en nuestros países latinos, se ha convertido siempre en hostilidad. El desarrollo de los acontecimientos históricos ha demostrado los perniciosos resultados de una neutralidad más aparente que real. El deísmo liberal, desarticulado de la historia y de la tradición, negó la mano invisible de la Providencia. De la ley natural, proclamada en el siglo XVIII, se pasó al positivismo del siglo XIX, una filosofía irreverente y anti-histórica. "El Deísmo —dice el profesor Heinrich Rommen— puso a Dios en el papel de monarca constitucional, que reina pero que no gobierna, alejándolo del mundo y del hombre. El siguiente paso fue la negación de Dios. La idea de Dios se convirtió en un producto de los sueños o de los temores de los hombres, o fue abolida por el materialismo. En ambas ideologías ateístas, el mundo y el universo se hicieron anárquicos en su orden y su naturaleza. En consecuencia, el hombre o las misteriosas fuerzas físicas quedaron en capacidad de tornar el mundo a la medida de sus deseos". (6)

Dadas las condiciones caóticas en que se agita el mundo contemporáneo, no cabe duda que la misión más importante y trascendental del Conservatismo es la de defender los principios religiosos de la sociedad desde los bastiones de la política.

5. AFIRMACION DE LOS VALORES TRADICIONALES

Otro de los fundamentos básicos del Conservatismo es su auténtico y profundo sentido de lo tradicional. Tradición viene del latín "tradere" que significa "entregar": es lo que pasa o se entrega de una generación a otra. "Pero lo que pasa queda —dice Unamuno— porque hay algo que sirve de sustento al perpetuo flujo de las cosas". (7)

En el hombre, esa base de sustentación es su personalidad individual, representada por la memoria. En los pueblos, la tradición es la base de su personalidad colectiva, lo que asegura su unidad y su continuidad espirituales.

Tradición, sin embargo, no significa apegarse exclusivamente al pasado, cerrando los ojos a todo

progreso. La tradición es un cauce, un ordenamiento de las nuevas ideas y de los hechos nuevos. El tradicionalista está dispuesto a aceptar cualquier cambio, con una sola condición: que ese cambio se armonice y se integre con el modo de ser nacional, con las esencias nacionales, con el destino histórico de la nación.

El tradicionalismo conservador mantiene, pues, de lo viejo, lo "eterno". El Conservatismo auténtico nunca podrá ser reaccionario ni retrógrado, porque el Conservatismo no pretende volver a un pasado, irremisiblemente ido, ni siquiera pretende conservar todas las cosas del pasado en el estado en que actualmente se encuentran. El Conservatismo favorece el progreso y favorece por eso el cambio, pues sabe que éste es continuo e inevitable. La diferencia estriba en el modo de realizar los cambios. Los radicales efectúan sus innovaciones basados en premisas abstractas y doctrinas arbitrarias, mientras que los conservadores las hacen tomando en cuenta los usos, las costumbres, las leyes y las tradiciones del país. El Conservatismo discrimina y conserva del pasado sólo lo eternamente valioso, el reaccionario conserva, sin discriminación, todo el pasado.

El apego fiel a la tradición, que es una de las características fundamentales del Conservatismo, le impide, asimismo, caer en las aberraciones del doctrinarismo. El político doctrinario es un ser fanático, convencido de que su filosofía encierra las respuestas a todos los problemas de la Humanidad. Según él, bastaría seguir sus normas al pie de la letra para convertir este mundo en un paraíso. El conservador sabe, en cambio, que las circunstancias particulares en que se mueve el ser humano son infinitamente variables y que sus problemas no pueden resolverse con ninguna fórmula mágica, política o económica. Los conservadores, hombres de principios, suelen diferir en las soluciones a los problemas concretos, pero comparten un mismo concepto de la naturaleza humana y de los fines de la sociedad.

Un conservador de principios busca, razonable y prudentemente, como reconciliar lo mejor de la sabiduría de sus abuelos con los cambios necesarios a toda sociedad vigorosa. "Un conservador de espíritu amplio —dice Russell Kirk— cree en principios, es decir, en valores perdurables, determinados por la sabiduría de las generaciones pasadas, el estudio de la Historia y la reconciliación de la autoridad con las circunstancias azarosas de nuestro mundo contemporáneo". (8)

El Conservatismo no es, pues, un cuerpo de doctrinas inmutables o de mágicas recetas políticas, es, algo existencial, un estilo de vida o un modo de asomarse a la vida. El meollo del Conservatismo es la afirmación de ciertos valores perdurables, defendidos desde el campo político. El Conservatismo trata de salvar al mundo a través del espíritu y es por eso el adversario sempiterno de los bárbaros y materialistas que sueñan con un mundo regido exclusivamente por la técnica y los planes económicos.

Hoy, más que nunca, los principios conservadores son la tabla de salvación de un mundo arrollado por la vorágine marxista. El marxismo, con certera puntería, le niega la primacía a los valores del espíritu, considerándolos una vacía superestructura ideológica.

ca, asentada sobre la única realidad posible: las condiciones de la producción económica. El Conservatismo, en cambio, afirma que muchos factores, entre ellos los económicos, contribuyen al desarrollo histórico, pero considera totalmente falso que sea la economía el factor determinante de la Historia. Para el Conservatismo el quehacer histórico del hombre está determinado por ideas, por valores, por creencias.

6. UN ORDEN SOCIAL CRISTIANO

El hombre es un ser constitutivamente social, es decir, ha sido creado para vivir en sociedad y sólo en ella puede realizar plenamente su destino. La sociabilidad es una exigencia ineludible de la naturaleza humana. No puede, pues, el hombre proclamar su autonomía frente a la sociedad porque no es él quien ha elegido el fin supremo que se impone a su conciencia y actividad de hombre, ni el medio indispensable para obtenerlo: la vida social.

El orden social, tal como lo concibe el Conservatismo, siguiendo las enseñanzas cristianas, no dimana ni de la libertad desbordada del liberalismo individualista, ni del abuso tiránico del poder estatal en que desemboca el marxismo, sino del cumplimiento de los deberes mutuos del individuo para con la sociedad y de la sociedad para con el individuo.

El orden social cristiano, meta del Conservatismo, es, pues, un quehacer, una realización, que se obtiene mediante el cumplimiento de esos deberes mutuos entre el hombre y la sociedad. "El orden humano —escribe Maritain— no se encuentra hecho en las cosas y en la naturaleza, es un orden de libertad, no hay que constatarlo y recibirlo solamente, sino también hacerlo". (9)

Para lograr ese deseado equilibrio entre el individuo y la sociedad, fundamento del orden social, el Conservatismo contemporáneo acepta cordialmente todas las reformas sociales que lleven el sello de la justicia cristiana. El Conservatismo no es el defensor de un orden social estático, preñado de injusticias irritantes, sino que mantiene el actual orden social en lo que tiene de fundamental y necesario, abriendo el camino a las reformas justas, dentro de lo accidental y contingente.

Esa armonía social que persigue el Conservatismo descansa sobre dos principios básicos:

I)—La doble función, individual y social, de la propiedad privada.

El reconocimiento del derecho de propiedad privada es uno de los cimientos del orden social, ya que constituye una garantía de la autonomía y de la dignidad de la persona humana, es condición necesaria del estímulo al trabajo y representa el medio más adecuado para asegurar la paz social e incrementar la producción nacional. La institución de la propiedad tiene un doble carácter: privado, en cuanto sirve para satisfacer las necesidades del individuo y de su familia, público, porque viviendo el individuo en sociedad, los bienes —destinados por Dios a todo el género humano— son para la utilidad común y tienen un fin o carácter social, aunque de hecho pertenezcan a los individuos. El Conservatismo, pues, defiende de una manera firme la propiedad privada, y al mismo tiempo la mantiene para un fin social, atemperando su uso y conciliándolo con el Bien Común.

II—La armonía del Capital y del Trabajo.

Las relaciones entre el Capital y el Trabajo son el eje central del grave problema conocido con el nombre de "cuestión social". Tanto el capital como el trabajo son factores indispensables del proceso productivo, ya que el uno sin el otro son completamente ineficaces. Es necesario, pues, que ambos factores se coordinen entre sí y se adapten el uno al otro, de modo que se equilibren y produzcan la armonía en los fines de la sociedad.

El Papa Pío XI, en la Encíclica "Cuadragésimo Anno", condena tanto las pretensiones injustas del capital, como las pretensiones injustas del trabajo. "Es completamente falso —dice— atribuir sólo al capital o sólo al trabajo lo que ha resultado de la eficaz cooperación de ambos, y es totalmente injusto que el uno o el otro, desconociendo la eficacia de la otra parte, se alce con todo el fruto". Y agrega más adelante: "Dése, pues, a cada cual la parte de bienes que le corresponde, y hágase que la distribución de los creados vuelva a conformarse con las normas del Bien Común y de la Justicia Social". (10).

En esos mandatos, luminosos y justicieros, del Papa Pío XI, se inspiran las soluciones que presenta el Conservatismo al arduo problema de la cuestión social.

EPILOGO

La Política, la auténtica y elevada política, es una de las carreras más duras y difíciles que puede escoger el hombre, y la que exige un número mayor de cualidades y aptitudes, a veces al parecer incompatibles. En efecto, el político tiene que juntar, a una gran capacidad de acción, una gran capacidad de intuición. No es posible organizar nada, ni menos el complejo sistema estatal, sino se tiene de antemano la visión de un orden previo, al que se habrán de ajustar los actos.

Sí el Partido Conservador de Nicaragua quiere desarrollar una política noble y fecunda, capaz de arrastrar la fuerza poderosa de las nuevas generaciones, tiene, irremediablemente, que ajustar sus actuaciones a los principios de un Conservatismo auténtico; debe armonizar el ideal y la realidad punzante de la vida.

El Conservatismo en Nicaragua ha vivido una existencia movida e interesante, actuando con vigor y nobleza en las situaciones difíciles de la política nacional. Ha evitado el escollo del doctrinarismo, de la utopía de los políticos de gabinete, pero la mayor parte de las veces no ha sabido evitar el otro escollo: el empirismo huero, la acción ayuna de sentido y de pensamiento. "En Política —dice Leopoldo Eulogio Palacios— no sólo es necesario saber atisbar las oportunidades, sino tener algo eternamente valioso que realizar en ellas". (11)

En el terreno de las actuaciones políticas el Conservatismo debe realizar una poderosa síntesis: la armonía de los principios con la realidad cotidiana de la vida. El Conservatismo no es un sistema rígido y estático, sino flexible y dinámico, está dotado de un contenido realista que le permite adaptarse con facilidad a las circunstancias históricas donde le sea señalado desenvolverse. Pero en medio de los azares y circunstancias no debe olvidar nunca lo que consti-

tuye su misión principal, el velar por los principios universales e inmutables de nuestra civilización cristiana desde el campo de la política. De ahí la perennidad del ideal conservador. El Conservatismo puede sufrir eclipses, pero renace siempre, porque su finalidad principal es la defensa de unos valores que están más allá de lo particular y contingente.

Aplicado a la Política expresiones del lenguaje de la Cultura, podría decirse que el Conservatismo representa el equilibrio de lo "clásico", por ser una sín-

tesis conceptual de armonías. Así como el liberalismo viene a ser lo "romántico" entendido como afirmación exagerada de la autonomía del individuo en su función creadora.

De todos los sistemas políticos, el Conservatismo es el más humano, el más clásico, porque ha sabido situar al hombre dentro de sus verdaderos límites: el hombre desfalleciente, ni totalmente bueno, como el Angel, ni totalmente malo, como la Bestia.

NOTAS:

- (1) Política — pág. 6
- (2) A Program for Conservatives, pág. 80
- (3) The Case for Conservatism — pág. 15
- (4) Citado en "The Conservative Tradition" — R. J. White — pág. 59
- (5) Textos Políticos — pág. 119
- (6) The State in Catholic Thought, pág. 457
- (7) Ensayos, Tomo I, pág. 40
- (8) ob. cit. pág. 6
- (9) Religión y Cultura, pág. 82
- (10) La Doctrina Social de la Iglesia — Rutten — págs. 272 y 274
- (11) La Prudencia Política, pág. 10

HACE 40 AÑOS

DE UN DISCURSO DEL EX-PRESIDENTE DIEGO MANUEL CHAMORRO

Y en verdad es imposible comprender cómo podría permanecer rota en pedazos una agrupación de tan gloriosas tradiciones, como el partido Conservador de Nicaragua, cuyo origen se confunde con el de la independencia de la patria y que tiene por fundadores a los grandes próceres de nuestra emancipación política, a quienes acabáis de levantar un monumento digno de ellos y de vosotros, un partido que después de haber vencido el año 23 en cruenta lucha a las huestes imperialistas y salvado la República, puede presentarse librando en el Continente americano, antes que Lincoln, las primeras batallas por la libertad de los esclavos en los inmortales campos de San Jacinto y Jocote y en las calles de Rivas el 29 de junio de 1855, en donde cayó peleando por la gran causa lo más florido de la juventud, o mejor dicho, de la adolescencia rivense, que cuenta entre sus próceres un hombre como José Dolores Estrada, ante cuya venerada memoria se inclinan los bandos opuestos proclamándolo PADRE DE LA PATRIA, como José María Estrada que suelta apenas con el último aliento de su vida, la bandera nacional al caer asesinado en los campos de Somoto, como Nicasio del Castillo, casi desconocido de la presente generación, pero que, en medio de la derrota y de las más grandes vicisitudes nacionales, valeroso y magnánimo, mantuvo en alto esa gloriosa bandera, que antes enarbolaron Frutos Chamorro y José María Estrada, un partido que registra en sus filas los esclarecidos nombres de Fernando Guzmán, de Tomás Martínez, de los dos Cuadras, de los viejos Chamorros, de Joaquín Zavala, de Adán Cárdenas, de Roberto Sacasa, de José Argüello Arce,

de Gabriel Lacayo, de Hermenegildo Zepeda, de Evaristo Carazo, de Anselmo H. Rivas, de Tomás Ayón, de Emilio Benard y de cien más representativos de la heroicidad, virtudes y cultura de nuestro bando, que ha llevado a cabo en lo moral y material los más grandes progresos, restaurando en la República el orden social, político y económico, fundando la escuela gratuita y obligatoria, construyendo los telégrafos y ferrocarriles y creando y sosteniendo contra las asechanzas de la anarquía y del despotismo ese régimen de orden, de libertad y de justicia de los treinta años que ha hecho época en nuestra historia, un partido de tradiciones tan puras tiene razón de existir y debe vivir y vivirá para que la Nación no perezca y realice sus gloriosos destinos. Pero debe vivir y vivirá por la unión de los descendientes de aquellos ilustres patrios, si el homenaje que les tributamos no es el de una estéril admiración y hacemos el propósito firme de no dejar perecer su obra y antes bien de conservarla e ilustrarla con nuevos y memorables hechos dignos de nuestros gloriosos antepasados.

De esta manera y no de otra, podremos conquistar el derecho de entonar un hosanna a sus grandes merecimientos y virtudes. Así y sólo así, en la unión y confraternidad conservadora, podremos levantar en alto los antiguos pendones del partido Conservador, esos pendones de la vieja libertad de los treinta años, que no conoció la generación presente, pero que son los mismos de la libertad nueva que hemos fundado sobre el pavés de la tiranía, así como la nueva moneda de hoy no es más que la vieja, honrada y limpia moneda de los treinta años.